

Fernando Vallespín  
Máriam M. Bascuñán

# **POPULISMOS**

Alianza Editorial

Primera edición: 2017  
Tercera reimpresión: 2023

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fernando Vallespín Oña y Máriam Martínez Ramírez, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2021, 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-930-2

Depósito Legal: M. 23.510-2017

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
Un espectro recorre las democracias .....	11
La «modernidad regresiva»: huérfanos de futuro .....	20
El retorno de lo cultural-identitario .....	28
«Declinismo» .....	35
1. ¿QUÉ ES EL POPULISMO? .....	41
El populismo y el «síndrome de Cenicienta» .....	41
¿Una definición minimalista o un tipo ideal? .....	51
¿Es una ideología o lo que queda de política después del fin de las ideologías? .....	57
El dualismo maniqueo: pueblo/élite .....	68
Antipluralismo-antiliberalismo .....	75
La importancia de los afectos .....	79
Simplificaciones .....	83
2. ¿POR QUÉ EL POPULISMO? .....	89
El populismo como síntoma .....	89
1. Los factores socioeconómicos .....	91

Globalización y complejidad .....	91
El rastro de la crisis económica: los perdedores .....	99
2. Factores culturales y psicosociales: la «malaise» .....	104
El resentimiento: clave de la cartografía emocional .....	104
El brote de las fronteras emocionales .....	108
El choque generacional: <i>baby-boomers</i> contra <i>millennials</i> .....	112
3. El factor político: democracia liberal en crisis .....	117
La recesión democrática .....	117
Los síntomas de la erosión de la democracia .....	119
¿Crisis de la democracia o crisis de la política? .....	134
3. POPULISMO Y POLÍTICA POSVERDAD .....	143
La reconstrucción del espacio público .....	143
La democracia mediática .....	146
El advenimiento de la democracia digital .....	153
¿Posverdad, postfacticidad o <i>bullshit</i> ? .....	166
Individualismo narcisista frente a conciencia cívica .....	183
4. VARIEDADES DE POPULISMOS .....	189
Introducción: ¿Momento iliberal o populista? .....	189
1. El populismo en Estados Unidos .....	193
Breves antecedentes .....	193
Reacción conservadora a la crisis: el Tea Party .....	194
Reacción progresista a la crisis: <i>Occupy Wall Street</i> .....	196
El invitado neofascista inesperado: la Alt Right .....	200
Trump y el laberinto democrático .....	204
2. El populismo en Francia .....	209
¿Un fenómeno nuevo? .....	209
La sombra del populismo español en Francia .....	211
El populismo insumiso de Mélenchon .....	214
El populismo de derecha: las raíces del Frente Nacional .....	218
Marine Le Pen: un verdadero animal político .....	221
El choque civilizatorio: el camino de una reubicación ideológica .....	224
3. El populismo en España .....	227
Podemos: ejemplo emblemático de populismo de izquierdas .....	227
15M: de la indignación a la esperanza .....	230
Al principio, ni de derechas ni de izquierdas .....	233
¿A quién se dirigen? .....	236
Claves para asaltar los cielos (I): guerra de posiciones y hegemonía ..	238
Claves para asaltar los cielos (II): discurso y pueblo .....	241
¿Ha dejado Podemos de ser populista?.....	244

4. Variaciones sobre el mismo tema .....	247
Hungría y Polonia .....	247
Holanda, Dinamarca, Suiza y Austria .....	253
5. POPULISMO Y DEMOCRACIA .....	259
Demócratas contra demócratas .....	259
Pueblo simbólico y pueblo real .....	265
¿Populismo para qué? .....	271
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	281
AGRADECIMIENTOS .....	297



## INTRODUCCIÓN

La democracia y los derechos del hombre no son la norma ni la consecuencia lógica del progreso. Son una joven y rara excepción histórica, quizá solo un mero episodio.

PHILIPP BLOM.

### *Un espectro recorre las democracias*

El primer acto, cuando el populismo entró en la escena política internacional por la puerta grande, comenzó con el Brexit. La salida del Reino Unido de la Unión Europea fue votada en referéndum el día 23 de junio de 2016 después de una procelosa campaña plagada de mentiras. Muchas de ellas fueron reconocidas después, aduciéndose «intereses superiores» a la prevalencia de la verdad; el primero de todos, la «recuperación del control», la soberanía, por parte del Reino Unido. Mientras comenzaba a negociarse el complejo Brexit, la nueva primera ministra, Theresa May, abundó en declaraciones eurófobas y trató de unificar a sus compatriotas recurriendo a la clásica estrategia populista de buscar un chivo expiatorio: «Veintisiete países europeos se están alineando contra nosotros»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Declaraciones de T. May del 28 de abril de 2017.

En vez de afrontar las inevitables consecuencias negativas, ignoradas o subvertidas durante la campaña, se porfió en mantener la tensión como instrumento cohesionador del grupo nacional. Y el síndrome de «asedio» por parte de la UE se vio como el medio más eficaz. Tal parece como si no fueran ellos quienes habían decidido irse; son «los otros» los que ahora les acosan o están prestos a invadirles con una nueva Armada de directrices europeas. Lejos de amainar, los gestos y la retórica populista permanecieron bien vivos e incluso se trasladaron a la oposición cuando May volvió a convocar a sus ciudadanos a las urnas. El resultado es que los mismos ciudadanos que optaron por el Brexit han acabado debilitando la posición negociadora del gobierno encargado de llevarlo a la práctica.

El segundo gran acto se abrió con la inesperada elección a la Presidencia de los Estados Unidos de Donald Trump el 8 de noviembre del mismo año. Aquí la sorpresa dio el salto a un pánico mal disimulado. Un personaje racista, misógino, megalómano, narcisista y sin ninguna experiencia previa en la gestión de lo público se hacía con la mayor posición de poder del mundo. Desde entonces no ha dejado de demostrar que todos los temores estaban más que fundados. Sus declaraciones en el discurso de toma de posesión —«voy a transferir el poder de Washington D.C. para devolvérselo a vosotros, al pueblo»— merecen figurar entre las más prístinas proclamaciones de populismo que se hayan emitido jamás. Aunque ha sido incapaz de llevar a la práctica todo lo prometido en campaña, al hacerse el balance de sus primeros cien días de gobierno, las agencias de *fact-checking* ya le imputaron 469 mentiras desde su toma de posesión<sup>2</sup>. Las instituciones parece que se sostienen, pero «el país está atrapado ahora en el torbellino interno de la mente de Donald Trump. Estamos en el reino del Ello. Gobierna el caos. Ninguna valla de contención aguanta»<sup>3</sup>. Y el golpe más duro a esta valla de contención puede que fuera su decisión de

<sup>2</sup> *The Washington Post*, 2017.

<sup>3</sup> Ch. Krauthammer, 2017.

apartar a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el cambio climático. Para cuando lean estas páginas puede que ya no queden cercos que lo limiten o, por el contrario, las instituciones hayan conseguido poner al presidente en su sitio.

El tercer acto de este drama con forma de sainete tuvo lugar casi inmediatamente después del Brexit y Trump. La ocasión en que volvió a reaparecer el temor al fantasma del populismo fueron otras elecciones en Europa: el 4 de diciembre, en la repetición de las elecciones presidenciales austriacas, el candidato del partido verde, Van der Bellen, superó por un estrecho margen a su antagonista, Norbert Hofer, representante del Partido de la Libertad, derechista xenófobo, que aun así obtuvo un sorprendente 46,2 por ciento de los votos. Por esas mismas fechas fracasó en Italia el referéndum de reforma constitucional auspiciado por M. Renzi, el político señalado por los medios internacionales como muro de contención —endebles, como luego se vio— frente a uno de los populismos más multiformes, activos y eficaces de Europa. La siguiente prueba se celebró ya en 2017 con las elecciones holandesas, donde el PVV de Geert Wilders logró aumentar en cinco escaños su representación parlamentaria; en contra de lo que auguraban las encuestas, sólo obtuvo el segundo puesto. «Holanda derrota al populismo» fue el titular que pudo leerse en casi todos los medios de prensa occidentales el día después de las elecciones del 16 de marzo del 2017.

Todas estas contiendas electorales no habrían sido más que escaramuzas frente a lo que enseguida se presentó como la «batalla final», las elecciones presidenciales francesas, el momento del desenlace de este drama. El país de la Gran Revolución había sido señalado como el lugar donde se iba a librar el Armagedón entre las «fuerzas del bien», la democracia liberal, y las «fuerzas del mal», el populismo o neopopulismo que representaba Marine Le Pen. Francia tenía, además, otra ventaja comparada; por primera vez pudimos asistir a una conflagración entre dos populismos, uno de izquierdas, representado por Mélenchon, y otro de derechas, más «clásico», el de la líder del Frente Nacional. La pesadilla de que ambos pudieran llegar a la segunda vuelta de las presidenciales tuvo

en vilo hasta el final a la Europa de la política más convencional. Como es sabido, la sangre no llegó al río, acabó venciendo Macron, el representante de la política sistémica renovada, pero el resultado de la primera vuelta sacó a la luz una sociedad polarizada, insegura y casi dividida en dos mitades. La elección vino a confirmar el retrato que unos meses antes había dibujado Virgine Despentès, una de las escritoras que engrosa la lista de los *enfants terribles* de las letras francesas: «Francia está en caída libre y nos sentimos mal. Hemos perdido nuestra identidad. Atravesamos un episodio de nostalgia colectiva»<sup>4</sup>. Entre los muchos comentarios a que dio lugar el resultado electoral, entresacamos uno que hace un buen balance del momento en el que nos encontramos: «El populismo ha alcanzado un tamaño que puede ser insuficiente para ganar, pero es lo bastante grande como para conformar y, a veces, encarrilar la política de un país»<sup>5</sup>.

Como puede observarse, llevamos unos años de intensa vida política marcada por esta nueva polarización entre los partidos representativos del «sistema» de la democracia liberal y las «hordas populistas», mostrados como los nuevos bárbaros *ad portas* de la apacible *politeia* de las democracias avanzadas. En un reciente estudio de la Fundación Konrad-Adenauer, elaborado a partir de un cuestionario al que respondieron 550 expertos de 105 países, el populismo fue señalado como la principal amenaza para la estabilidad de los Estados, por encima de la economía, las migraciones o el terrorismo<sup>6</sup>. Por su parte, Bridgewater, el fondo de inversión tutelado por Ray Dalio, apunta que la actual explosión populista puede ser más poderosa a la hora de definir las condiciones económicas de los países en los que está fuerte que las políticas fiscales y monetarias clásicas, y constituye una amenaza cierta para la globalización. En su extenso «índice de populismo» para los paí-

<sup>4</sup> V. Despentès, entrevista en *El País*, 18 de julio de 2017. [http://cultura.elpais.com/cultura/2016/07/18/babelia/1468833997\\_954246.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2016/07/18/babelia/1468833997_954246.html).

<sup>5</sup> Fisher y Taub, 2017.

<sup>6</sup> Konrad Adenauer Stiftung, *Global Future Survey*, 2017.

ses desarrollados, donde incluye a Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia, España e Italia, llega a la conclusión de que hoy en día se encuentra en su punto más elevado —por porcentaje de voto a partidos de esta naturaleza— desde los años treinta<sup>7</sup>. Se podrá decir que son preocupaciones que afectan sobre todo a sectores de la *casta* o las élites académicas, periodísticas o económicas, al grupo que se siente más amenazado por el fenómeno. Pero lo cierto es que tiene consecuencias ciertas sobre el funcionamiento de la democracia, el aspecto más sensible de toda esta discusión. Contrariamente a su propio relato, que lo presenta como una nueva y original conexión entre gobernantes y gobernados, el populismo sí puede significar una importante amenaza para algunas de las instituciones centrales de la democracia liberal, todas aquellas que velan por el control del poder y la protección del pluralismo social.

En unos momentos en los que se venía predicando la «fatiga civil», la democracia sin alternativas, el gobierno tecnocrático y el creciente divorcio entre gobernantes y ciudadanos, el populismo ha entrado como elefante en cacharrería en las rutinas de los sistemas representativos. Entre otras razones porque la estrategia básica del populismo, la definición de un «nosotros» respecto de un «ellos» se ha trasladado ya también a la otra orilla. El eje tradicional izquierda/derecha está dando paso a esta nueva polarización entre los partidos del *establishment* y quienes les retan desde la nueva trinchera. Y aquí lo sorprendente es que los primeros, los de toda la vida, han caído en la provocación buscando su seña de identidad en presentarse, precisamente, como no populistas. Ser o no ser populistas, esta es la cuestión. Con ello, han asumido implícitamente la línea de diferenciación que interesa al adversario. En este sentido, y con independencia de su mayor o menor éxito electoral, estos han ganado ya la primera batalla.

Previamente les habían concedido una victoria no menor, al empezar a asumir como propios los temas predilectos del bando

<sup>7</sup> <https://www.bridgewater.com/resources/bwam032217.pdf>.

populista, la identidad nacional, la preocupación por los inmigrantes y refugiados, las consecuencias de la globalización o si esta Europa tiene sentido. Quien convierte sus proclamas en la centralidad del debate político tiene mucho ganado, más aún en época de redes sociales y pasiones a flor de piel. Todo ha acabado llenándose de ruido, temores, confusión y visceralidad, el medio en el que los partidos populistas se mueven como pez en el agua. La consecuencia es que hasta la simplificación de los mensajes y la apelación a las emociones ha dejado de ser ya el monopolio de los nuevos protagonistas. Se habla incluso de un nuevo «populismo liberal» —en el caso de Macron, de un «populismo de centro» o *mainstream* (A. Minc)— para referirse a las estrategias de los partidos establecidos o «sistémicos». Y está teniendo también un efecto directo sobre las actitudes del otro bando a la hora de confrontarlo allí donde ha vencido, como es el caso de los Estados Unidos. Michael Walzer<sup>8</sup>, uno de los mejores teóricos políticos vivos, ha vuelto a poner en circulación la idea de «resistencia» como medio imprescindible para enfrentarse a Trump, y como algo distinto de la más clásica política de oposición democrática. Aunque, dice, lo ideal sería combinarlas: «La resistencia es una política defensiva, pero también necesitamos una política ofensiva —una política destinada a ganar elecciones o, como solíamos decir, a tomar el poder». Y, a la vista de la radicalización y el odio que está comenzando a observarse en la reacción frente a Trump por parte del Partido Demócrata y de los nuevos movimientos civiles gestados después de su victoria electoral, M. Goldberg<sup>9</sup> señalaba en el *New York Times* que «quizá no sea bueno para América que cada elección se vea como una lucha por el futuro de la civilización». Este es el estado de ánimo que se ha aferrado al presente momento de «elecciones disruptivas».

Como vemos, el populismo ha entronizado ya un nuevo paradigma en la práctica de la política democrática y en la forma en la que comenzamos a percibirla. Y, sin embargo, ni es nuevo ni tiene

<sup>8</sup> M. Walzer, 2017.

<sup>9</sup> M. Goldberg, 2017.

una acepción clara. Toda la seguridad con la que se afirma la conflagración entre estas dos fuerzas se diluye después cuando tratamos de esclarecer lo que se esconde detrás de cada uno de los contendientes. Ni las democracias liberales occidentales operan o se ordenan de modo homogéneo, ni el populismo es un concepto que pueda objetivarse de forma meridiana. De hecho, aparte de su presencia en América Latina, ha sido siempre el patito feo dentro de las ideologías políticas, la más ambigua, la menos consensuada entre los expertos, aunque estos ahora se hayan lanzado a diseccionarla hasta en sus últimos detalles. Luego veremos, además, que ni siquiera es una ideología política propiamente dicha. Pero ahí está, instituyéndose en uno de los polos en la lucha por la hegemonía política del presente. Porque, y esto suscita ya menos dudas, lo único cierto es precisamente eso, su carácter de *challenger* de la forma de hacer política que nos venía acompañando desde el periodo de posguerra.

Lo que hay que evitar es caer en la tentación, muy presente en nuestro espacio público, de expandir su semántica a prácticamente todo lo que se mueve en la esfera de la política. Con tanta polvareda como está generando, es muy posible que perdamos a nuestro objeto de estudio. Si todo es populismo, ya nada lo es, y el concepto amenaza con convertirse en circular. Por todo ello, uno de los principales objetivos de este libro va a consistir en tratar de comprender una definición de este fenómeno tan plural y multifacético; hacerlo susceptible de un análisis politológico que pueda ser operativo para comprender qué es lo que lo subyace; cuál es su aire de familia, cuáles son las pautas comunes de los populismos. Porque es indudable que el término «populista», como adjetivo, sí tiene una acepción delimitable con facilidad y admite ser aplicada a las actitudes o declaraciones de casi cualquier político<sup>10</sup>. El problema es el sustantivo, *populismo*, ¿a qué se refiere, cuáles son sus contenidos? Ya veremos que hay definiciones para todos los gustos, y eso es algo que trataremos de abordar en el capítulo 1 del libro.

<sup>10</sup> Es la asociación a la idea de demagogia, simplificación del discurso, polarizaciones simples, atribución de representar al auténtico sentir del pueblo.

Sin embargo, puede que lo más urgente sea ofrecer una explicación de *por qué* reaparece ahora con tanta fuerza, que será objeto del capítulo 2. Se ha dicho que el populismo es más que nada un «síndrome», la expresión de un descontento, el síntoma que ayuda a sacar a la luz un malestar social profundo. La cuestión es señalar qué es lo que lo provoca y por qué se busca la salida en estos movimientos o partidos y no en otra cosa. La tesis básica del libro es que responde a una crisis de la democracia liberal, que ha resultado ser más honda de lo que habíamos imaginado. Pero todos somos conscientes de que las convulsiones políticas responden a su vez a un abigarrado conjunto de factores —económicos, culturales y psicosociales— que no siempre se ponderan como merecerían serlo. Si la causa principal fuera la económica resultaría inexplicable en Austria, por ejemplo, uno de los países con mayor renta per cápita del mundo, un 4 por ciento de paro y una estabilidad económica a prueba de bombas. Y, sin embargo, es el país donde un candidato populista ha conseguido el mayor porcentaje de voto. Polonia, por su parte, que ya los tiene en el gobierno, lleva más de tres lustros de amplio crecimiento sostenido. El factor culturalista, tan presente en la percepción de la amenaza de la inmigración, los refugiados, y la pérdida de la cohesión étnica, puede encajar mejor en el caso austríaco, pero no serviría para explicar al húngaro Orbán o al polaco Kaczyński o su amplia presencia en Finlandia, el país escandinavo con menor porcentaje de inmigración. En España, en cambio, donde no hay partidos xenófobos, su éxito relativo hay que ir a buscarlo en el factor económico, muy íntimamente asociado a la desconfianza hacia las élites políticas y las instituciones.

Son meros ejemplos de que cada país admite interpretaciones distintas o una diferente ponderación de los mismos factores. Una de las cuestiones centrales que hemos de abordar, por tanto, consiste en inquirir en torno a si lo que separa a unos países de otros no son más que variaciones de una misma melodía o si, por el contrario, responden a causas específicas en cada uno de ellos, que han acabado por converger sobre esta nueva forma de hacer política. Por eso se hace inevitable acercarnos también a un estudio de algu-

nos casos específicos de populismo. Sin ánimo de abarcarlos a todos, es lo que emprenderemos en el capítulo 4 de este libro. Aquí es donde se concentra también la mayor parte de la literatura sobre el tema, infinitamente más rica y sofisticada que la relativa a las consideraciones generales.

Y otra cuestión más: ¿estamos o no ante un «momento populista»? Si por tal entendemos, en buen marxista, el instante en el que han comenzado a estallar las contradicciones, habría que estar de acuerdo en que, en efecto, nos encontramos ante un punto crítico de la democracia. Si, por el contrario, lo interpretamos, al modo de Podemos u otros, como el momento en el que estos movimientos se presentan como la *solución*, es decir, que el camino de salida a la crisis de gobernanza de las democracias liberales pasa por seguir sus recetas, hay que mostrarse mucho más escépticos. Ya hemos insistido en cuál es su repercusión sobre la crisis de la democracia liberal, pero sería un poco apresurado otorgarles la victoria. O, incluso, como hace John Gray<sup>11</sup>, pensar que el éxito de Trump —y la fortaleza de los otros populismos— «ha cambiado la política de forma irrevocable». Todo revierte al final sobre esa extraña relación entre democracia y populismo, que será el objeto de la última parte de nuestro estudio (capítulo 5). Nuestra conclusión a ese respecto es que la deriva populista constituye una amenaza cierta para la democracia tal y como la conocemos, en particular para sus imprescindibles elementos liberales; pero que eso no significa que debamos darnos por contentos con la democracia «realmente existente». Como bien señala P. Rosanvallon, «para criticar el populismo es necesario poseer un proyecto de reinención y reconstrucción de esta democracia» (la liberal)<sup>12</sup>. Lo que no sabemos bien es cómo pueda llevarse a cabo esta difícil empresa bajo todo un conjunto de condiciones objetivas que nos resultan tan difíciles de aprehender.

<sup>11</sup> J. Gray, 2016b.

<sup>12</sup> P. Rosanvallon, 2011. No se ofrece paginación al ser citado de la versión de internet.

*La «modernidad regresiva»: huérfanos de futuro*

Lo único cierto es que el mundo camina a ciegas, a lomos de la incertidumbre y sin saber muy bien a qué encomendarse. Es esa sensación que Ortega imputaba a las épocas de crisis provocadas por cambios agudos y que resumió en la tan citada frase: «No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa, no saber lo que nos pasa»<sup>13</sup>. Hoy caminamos, en efecto, conscientes de la impotencia del pensamiento para dar cumplida cuenta del momento presente. Cada día aparece algún nuevo diagnóstico sobre el mundo en el que estamos, tanto en la dimensión política como en la más extensa de las transformaciones sociales y económicas que nos esperan —a la vuelta de la esquina, al parecer— por la acción de factores tales como el desarrollo tecnológico, las migraciones, el cambio climático, la demografía y un largo etcétera. Y aun así, nuestra desorientación no consigue reorientarse. En parte porque carecemos de una mirada que pueda abarcar el conjunto. Todas se erigen desde la especialidad de cada cual sin que haya una *master mind* con capacidad panóptica. Aquellos a los que hasta ahora veníamos considerando como «los grandes» han ido desapareciendo poco a poco —ya sólo debe de quedar Habermas—, y volver a ellos nos remite a lo que estos podían ver en su momento histórico concreto; no es algo directamente aplicable a lo que ahora mismo acaece. Los acontecimientos nos sobrepasan, y aunque ya sabemos que el pensamiento siempre llega tarde, nos presiona la urgencia, esa ansiedad cartesiana por cartografiarlo todo. Con cierta ironía señalaba S. Žizek que «no deberíamos tener miedo a darle la vuelta a la tesis 11 de Marx: hasta ahora hemos intentado cambiar nuestro mundo demasiado deprisa; ha llegado el momento de reinterpretarlo desde la auto-crítica, examinando nuestra propia responsabilidad (la de la izquierda)»<sup>14</sup>.

Esta última cita es de un reciente e interesante libro, *El gran retroceso*<sup>15</sup>, que trata de poner un poco de orden en el caos político-

<sup>13</sup> J. Ortega y Gasset, 2006: 443.

<sup>14</sup> S. Žizek, 2017: 434.

<sup>15</sup> VVAA, *El gran retroceso*, 2017.

social que nos rodea. Y aunque no lo mencione en su introducción el compilador de la edición alemana, el subtítulo —*Un debate internacional sobre la situación espiritual de nuestro tiempo*<sup>16</sup>— alude sin duda al libro que publicó K. Jaspers en 1931<sup>17</sup>, otro momento histórico de perplejidad y congoja. Dicho subtítulo ha desaparecido de la edición española, que cambia también en su título la palabra «regresión», presente en las ediciones alemana y francesa, por la de «retroceso». No es que importe demasiado, pero el término *regresión* tiene un componente de psicopatología freudiana que sintoniza bien con el aroma de los diagnósticos que nos encontramos en dicho texto. A medida que se va leyendo, nos sobrecoge la zozobra sobre el tiempo en que vivimos. Menos mal que al menos hay un adversario claro, el neoliberalismo globalista y las élites irresponsables que no supieron ponerle coto. De esos polvos vienen estos lodos, ya sea en forma de populismos, violencia, rearmes, nuevo autoritarismo, resentimiento... La mayor parte de los ensayos se deja leer con fruición, suscita cuestiones inquietantes y confirma al lector en muchas de sus propias percepciones. En cierto modo recuerdan a la sensación que uno tenía de joven cuando leía a los miembros de la Escuela de Frankfurt, fascinado con su diagnóstico, pero frustrado por el cierre teórico hacia algo distinto. El pensamiento se pliega sobre sí mismo con ira, con ironía, o con la flema propia de la aseada explicación académica; deja innumerables rastros sobre los que poder perseguir el hilo de qué es lo que no ha funcionado. Pero no hay apenas nada que apunte a alguna vía de solución.

La principal conclusión que se obtiene es que estamos huérfanos de futuro. Lo dice el mismo título, vamos para atrás, hemos retrocedido hacia fases históricas anteriores. Santiago Alba Rico, en un capítulo deliciosamente escrito, nos dice que volvemos a lo

<sup>16</sup> El de la edición española es diferente: «Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia», y la francesa prefiere el de «¿Porqué vivimos en un cambio histórico?».

<sup>17</sup> K. Jaspers, 1998.

más siniestro del siglo xx, y no a su parte más luminosa, aquellos *Trentes Glorieuses* del pacto social-democrático. «Tenemos de nuevo guerras interimperialistas; tenemos un Weimar global y una desdemocratización general; tenemos asimismo la construcción de un “enemigo interno” que adopta esta vez en Europa la forma de islamofobia (y no ya la de antisemitismo)»<sup>18</sup>. Y señala la causa con nitidez, compartida por el grueso de los colaboradores de ese libro, el fracaso de la izquierda. Todos sus contribuyentes pueden ser asignados a este referente que puede haber perdido un significado claro, pero que no dejamos de reconocer cuando asoma. La queja se eleva siempre contra la cooptación de la socialdemocracia por el neoliberalismo, la Banca Europea, el FMI y las políticas de austeridad. Y se percibe en el fondo un cierto interés primario, cuando no simpatía, por el populismo, no sólo el de izquierdas. Porque no en vano éste es representativo del zapatazo en la mesa de los perdedores de la globalización, eso que W. Streeck denomina el «regreso de los reprimidos»<sup>19</sup>, y está obligando a recular a las arrogantes élites a las que hasta ahora nadie chistaba. Se lamentan, desde luego, sus giros xenófobos y su potencial antidemocrático, pero se alaba el que hayan sido capaces de sacar a la luz la gran contradicción de la política del presente; a saber, la reafirmación del Estado frente a la sociedad global, eso que en la prensa se ha familiarizado ya como el eje dentro/fuera o nacionalismo (comunitarismo)/cosmopolitismo. Esta reivindicación muchas veces va asociada a la revuelta contra los expertos, que hoy ocuparían el lugar del intelectual orgánico gramsciano al servicio de la élite. A decir del propio Streeck, la «sociedad postfáctica», esta nueva era de la mentira grosera, habría empezado ya con todas las estrategias de encubrimiento dirigidas a afirmar el principio TINA<sup>20</sup>, la au-

<sup>18</sup> Santiago Alba Rico, 2017: 28.

<sup>19</sup> W. Streeck, 2017.

<sup>20</sup> TINA es el acrónimo, ya bastante interiorizado en círculos intelectuales, de *There Is No Alternative*. Su primera utilización se atribuye generalmente a Margaret Thatcher.

sencia de alternativas. No es un fenómeno exclusivamente imputable a la retórica populista.

Lo más desazonador puede que sea, sin embargo, la tesis de la «descivilización» representada por O. Nachtwey<sup>21</sup>, ya apuntada con anterioridad en un excelente libro sobre la «sociedad del descenso», el colapso de la movilidad social ascendente anterior a esta «modernidad regresiva». De hecho, toca el aspecto quizá más patológico de este nuevo escenario, la vuelta atrás en el proceso civilizatorio en el sentido que le da Norbert Elias. El control de los afectos, el autocontrol y la autoconfianza del sujeto, que habían sido las señas distintivas de la modernidad anterior, de la «civilización», está dando paso a las emociones desatadas.

El miedo a la pérdida de estatus material y cultural es el motor del resentimiento, de afectos negativos, exclusión de identidad y teorías de la conspiración, aspectos que ya antes eran rasgos distintivos de estructuras psicológicas autoritarias<sup>22</sup>.

La erosión de la comunidad y de las asociaciones intermedias, la creciente pérdida de protección social y la precariedad, el paso del ciudadano integrado a un «ciudadano de mercado, un cliente con derechos»; en suma, los «grandes asincronismos en lo que respecta al estilo de vida, igualdad de derechos y desigualdad», están afectando a la estructura psíquica del sujeto contemporáneo. No es ya sólo que propenda a dejarse llevar por cantos de sirenas potencialmente autoritarios —en muchos lugares ya lo han hecho, como en Turquía o Rusia—, también han vuelto a la política de la identidad. ¡La mezcla explosiva! En estos momentos, como advierte Timothy Snyder, el campo está sembrado para emprender una transición «desde una democracia ingenua y con imperfecciones a una especie de oligarquía fascista confusa y cínica»<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> Oliver Nachtwey, 2017.

<sup>22</sup> *Ibid.*: 264.

<sup>23</sup> T. Snyder, 2017: 149.

Como hemos visto, seguramente no llegue la sangre al río. Lo que de verdad se ha descoyuntado es el escenario internacional, y, sobre todo, el porvenir ha devenido cada vez más opaco. Nos regocijamos masoquistamente en interpretar nuestro presente a partir de un pasado —Weimar, geopolítica, regresiones varias—, pero casi nadie piensa en soluciones de futuro realistas. Los más optimistas, como ahora parece ser Wolfgang Streeck, apuntan a que hemos entrado en eso que Gramsci llamaba «el interregno», «el antiguo orden se ha desmoronado, pero todavía no puede surgir uno nuevo»<sup>24</sup>. Aunque al final todo lo que propone es rebobinar la historia y girar hacia la vieja socialdemocracia, muy a lo Corbyn. Tanto la derecha como la izquierda populista y sus simpatizantes tienden a ver el futuro a partir de un retorno al pasado, al Estado, las fronteras, los controles de capitales, el regreso a las divisas nacionales en la zona euro. Con ello se ignora, sin embargo, el propio presente y los cambios estructurales que lo acabaron de conformar como tal. Lo más relevante aquí es la constatación de una verdadera revolución en la base material, una revolución tecnológica que, como en su día ocurriera con la aparición de la industria, está impidiendo que las cosas sean como fueron. Por volver a Ortega, «la vida es una operación que se hace hacia delante»<sup>25</sup>, no tiene sentido conducir con el espejo retrovisor. Sobre todo cuando hay tanto en juego. Por eso es tan relevante acceder a un diagnóstico. Lo fácil y simple es descargar, al modo populista, nuestra recién adquirida furia contra un sujeto al que podemos corporeizar —una o varias élites—. Sin por ello dejar de atribuirles la responsabilidad que les corresponde, hoy más que nunca necesitamos recurrir a explicaciones «estructurales» en vez de perseverar en explicaciones del mundo que priorizan los aspectos de «teoría de la acción».

La democracia, sin embargo, se debe imperativamente a la dimensión del rendimiento de cuentas o *accountability*; no puede ampararse en las «causas estructurales o sistémicas» para justificar

<sup>24</sup> W. Streeck, 2017: 301.

<sup>25</sup> *Ibid.*

unas u otras decisiones. El núcleo del problema reside en el encuentro entre lo que es una compleja gestión sistémica y el presupuesto ineludible de todo gobierno democrático, la necesidad de atender lo que son las demandas ciudadanas fundamentales. La impresión que hoy domina es que «no se gobierna para la gente, para los ciudadanos, sino para administrar los condicionantes sistémicos; incluso, que el sistema está por encima de la gente de carne y hueso y opera *contra* ella»<sup>26</sup>. El Estado se ve confrontado a problemas que casi nunca han sido creados u originados exclusivamente por él; no lidera un proyecto propiamente dicho, sino que se mueve a remolque de contratiempos, percances o circunstancias en las que se ve implicado sin saber muy bien por qué. En una acertada metáfora del filósofo Peter Sloterdijk, el Estado aparece como un gran «servicio de averías» que debe reparar los destrozos, contratiempos o circunstancias en las que se ve envuelto<sup>27</sup>, pero a los que inevitablemente le toca ofrecer una respuesta. Se gobierna a remolque de los problemas, a la defensiva y reparando fallas y accidentes surgidos en espacios fuera de nuestro dominio —que interfieren además con los de cosecha propia—, pero de los que en todo caso no nos podemos desentender. Como salta a la vista, las soluciones son casi siempre precarias, provisionales, insuficientes. Toda decisión tiene repercusión inmediata sobre otras esferas. La nueva gobernanza se está mostrando como un formidable desafío en el que interaccionan política, economía, diferentes niveles de gobierno e intromisiones varias de una pluralidad de actores, por no mencionar la propia interferencia de las nuevas tecnologías.

El Brexit y la revuelta populista en general son la reacción a este estado de cosas. Se recurre a los ciudadanos para *bring back control*; o sea, reaccionar contra el presente en nombre de un supuesto pasado mejor, ese síndrome de que la mejor manera de enfrentarse al futuro es volviendo a lo pretérito. Pero el día después de haberlo conseguido y pasada la euforia inicial ya no se sabe bien

<sup>26</sup> F. Vallespín, 2012: 94.

<sup>27</sup> P. Sloterdijk, 2014: 92 y ss.